

SELECCIÓN DE POEMAS

HOMENAJE A POETAS DEL PREMIO CERVANTES



Francisco Brines
(1932-2021)



Joan Margarit
(1938-2021)



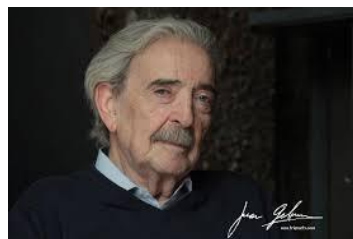
Ida Vitale
(1923)



José Manuel Caballero Bonald
(1926- 2021)



Elena Poniatowska
(1932)



Juan Gelman
(1930-2014)



Antonio Gamoneda
(1931)

ÍNDICE

Carmen de Abajo.....	2
Maite Aguado.....	5
Teresita Ávila.....	8
Carmen Corsino.....	9
M. ^a Ángeles Fiz.....	12
Ángelica García.....	16
José M. ^a García.....	19
Regina López.....	22
Ana M. ^a Rodríguez Platón.....	24
Carmen Sánchez.....	27

LITERATURA O AUTOSERVICIO EPISTOLAR

Durante muchos años recibí
una gran copia de cartas
en cierto modo alentadoras, dotadas
de un autosuficiente aparejo
estilístico y un fogoso y regular
acopio de compensaciones.
Eran cartas anónimas: no supe
hasta mucho después
de dónde provenían, quién me las enviaba.

Tal vez desde que tuve
certeza minuciosa de que ese gusto epistolar
me convertía en un terco suplente
de escritor, adquirí también ese hábito
de atribuirme la paternidad
de esos papeles de tan ambigua procedencia.

Al menos entendí lo más palmario:
que la literatura se parece a una carta
que el escritor se manda sin cesar a sí mismo.

José Manuel Caballero Bonald, de *Diario de Argónida* (1997)

COMO UN NAIPE

Como un naipe, mi mano
está marcada. No soy yo
quien la hace ganar, perder
sus desafíos: ama,
parte el pan, acaricia,
recoge el lienzo de la vanidad,
mide el rasante de la muerte,
recibe el precio
de la vida.

Mas no soy yo
quien la hizo a su imagen,
virtud y crimen juntos
con idénticas armas
en la pugna. Bajo su piel
vuelca el azar
sus oscuros triunfos, juega
mi propio corazón a desbancarme.

José Manuel Caballero Bonald, de *Poesía amatoria* (1999)

JUICIO TEMERARIO

El erotismo de las cremalleras
desempeña un papel
más bien preponderante cuando
la insumisa doncella no virgen
atraviesa la oscuridad
con gesto de rasgarla y usa
una mano metódica de mártir
para abrir su vestido
como quien se va abriendo
lentamente una herida.

José Manuel Caballero Bonald, de *Poesía amatoria* (1999)

FORTUNA

Por años, disfrutar del error
y de su enmienda,
haber podido hablar, caminar libre,
no existir mutilada,
no entrar o sí en iglesias,
leer, oír la música querida,
ser en la noche un ser como en el día.

No ser casada en un negocio,
medida en cabras,
sufrir gobierno de parientes
o legal lapidación.

No desfilar ya nunca
y no admitir palabras
que pongan en la sangre
limaduras de hierro.

Descubrir por ti misma
otro ser no previsto
en el puente de la mirada.

Ser humano y mujer, ni más ni menos.

Ida Vitale, de *Trema* (2005)

LOS OJOS DEL RETROVISOR

Los dos nos hemos ido acostumbrando,
Joana, a que esta lentitud,
cuando, al bajar del coche, apoyas las muletas,
despierte a los cláxones y su insulto abstracto.
Me hace feliz tu compañía,
la sonrisa de un cuerpo tan lejano
de lo que siempre se llamó belleza,
la penosa belleza, tan distante.
La he cambiado por la seducción
de la ternura iluminando el hueco
que la razón dejó en tu rostro.
Y, si me miro en el retrovisor,
veo unos ojos que no reconozco,
pues brilla en ellos el amor dejado
por las miradas, y la luz, la sombra
de todo cuanto he visto,
y la paz que me da tu lentitud,
que está dentro de mí.
Tan grande es su riqueza
que no parecen míos los ojos del espejo.

Joan Margarit, de *Los Primeros fríos (Poesía 1975-1995)*

AVANZAR DENTRO DE UN CUENTO

Sobre el bosque en silencio cae la nieve,
la gruesa manta que no da calor
a la harapienta multitud de robles.
Bien abrigado, lo atravieso andando:
donde había camino está cubierto
y no queda más rastro que mis pasos.
Hallo un nido caído, un nido grande
como la cuna de una niña muerta.
Para volver atrás ahora necesito
mis propias huellas, pero cae la nieve
y va borrándolas con su silencio.
Hay un golpe de viento, un remolino,
y el nido que atraviesa dando tumbos
un tiempo mudo y frío y sin caminos.

Joan Margarit, de *Casa de Misericordia* (2007)

Extrañeza, fulgor...

Extrañeza. Fulgor: el gavián inmóvil, y la melena del carrizo, y, sobre el agua, mis manos ante las zarzas polvorientas.

Pongo los frutos negros en la boca y su dulzura es de otro mundo

como mi pensamiento arrasado por la luz.

Busco tu piel inconfesable...

Busco tu piel inconfesable, tu piel ungida por la tristeza de las serpientes; distingo tus asuntos invisibles, el rastro frío del corazón.

Hubiera visto tu cinta ensangrentada, tu llanto entre cristales y no tu llaga amarilla, pero mi sueño vive debajo de tus párpados.

Tu nombre fue sólo viento en los labios de los suicidas.

Tu nombre fue sólo viento en los labios de los suicidas.

Tu rostro fue labrado por la lluvia: sobre la ciega máscara aparecían surcos miserables y párpados y una boca amarilla, pero siguió lloviendo y, un instante bajo las hebras transparentes, tu rostro fue posible y su belleza se confundía con la luz, pero siguió lloviendo y se perdió como la tierra desgastada por el llanto.

Indescifrables son tu nombre y tu rostro; quizá no has existido,

sin embargo, has llegado a la vejez y haces gestos impuros, también indescifrables.

Antonio Gamoneda, selección de *Libro del frío* (1992)

EL EXPULSADO

me echaron del palacio/
no me importó/
me desterraron de mi tierra/
caminé por la tierra/
me deportaron de mi lengua/
ella me acompañó/
me apartaste de vos/
y se me pegan los huesos/
me abrasan llamas vivas/
estoy expulsado de mí.

yehuda al-harizi (1170-1237/toledo-provenza-palestina.

Juan Gelman, de *Composiciones* (1984-1985)

LA RUEDA

El arco o puente que va
de tu mano a la mía cuando
no se tocan, abre
una flor intermedia.
¿Qué toca, qué retoca, qué trastoca
ese vacío de las manos
solas en su fatiga?
Nace una flor, sí,
se agosta en mayo como una
equivocación de la lengua
que se equivoca , sí.
¿Por qué este horror?
En la página de nosotros mismos
tu cuerpo escribe.

Juan Gelman, de *País que fue será* (2001-2004)

LA LEONA

La leona,
al fondo de la jaula,
aguarda.

La última crianza
desgarró su vientre.

Esconde los codos, las
rodillas,
alguna vez llegó sedosa
hasta el remanso
y olvidó su imagen en el
agua.

Tras los barrotes
ruge el león.
Nada tiene que ver con las
rimas de alcoba.
Solo, va derechito a la
cúspide.

La leona y su tedio
son infinitos.
Cada vez que se mueve
retumba su esqueleto,
su costillar picudo,
y su miseria hirsuta.
Sus ojos, pozas secas,
su lengua, su paciencia.

(fragmento)

Elena Poniatowska, de *Rondas de la niña mala* (2008)

INVIERNO

La nieve cruje como pan caliente
y la luz es limpia como la mirada de algunos seres humanos,
y yo pienso en el pan y en las miradas
mientras camino sobre la nieve.

Hoy es domingo y me parece
que la mañana no está únicamente sobre la tierra
sino que ha entrado suavemente en mi vida.

Yo veo el río como acero oscuro
bajar entre la nieve.
Veo el espino: llamear el rojo,
agrio fruto de enero.
Y el robledal, sobre tierra quemada,
resistir en silencio.

Hoy, domingo, la tierra es semejante
a la belleza y la necesidad
de lo que yo más amo.

Antonio Gamoneda, de *Blues castellano* [1961-1966] (1982)

ALOCUCIÓN PAGANA

¿Es que, acaso, estimáis que por creer
en la inmortalidad,
os tendrá que ser dada?
Es obra de la fe, del egoísmo
o la desolación.
Y si existe, no importa no haber creído en ella:
respuestas ignorantes son todas las humanas
si a la muerte interroga.

Seguid con vuestros ritos fastuosos, ofrendas a los dioses,
o grandes monumentos funerarios,
las cálidas plegarias, vuestra esperanza ciega.
O aceptad el vacío que vendrá,
en donde ni siquiera soplará un viento estéril.
Lo que habrá de venir será de todos,
pues no hay merecimiento en el nacer
y nada justifica nuestra muerte.

Francisco Brines, de *Aún no* (1971)

EPITAFIO ROMANO

«No fui nada, y ahora nada soy.
Pero tú, que aún existes, bebe, goza
de la vida..., y luego ven».
Eres un buen amigo.
Ya sé que hablas en serio, porque la amable piedra
la dictaste con vida: no es tuyo el privilegio,
ni de nadie,
poder decir si es bueno o malo
llegar ahí.
Quien lea, debe saber que el tuyo
también es mi epitafio. Valgan tópicas frases
por tópicas cenizas.

Francisco Brines, de *Aún no* (1971)

AQUEL VERANO DE MI JUVENTUD

Y qué es lo que quedó de aquel viejo verano
en las costas de Grecia?
¿Qué resta en mí del *único verano de mi vida*?
Si pudiera elegir de todo lo vivido
algún lugar, y el tiempo que lo ata,
su milagrosa compañía me arrastra allí,
en donde ser feliz era la natural razón de estar con vida.

Perdura la experiencia, como un cuarto cerrado de la infancia;
no queda ya el recuerdo de días sucesivos
en esta sucesión mediocre de los años.
Hoy vivo esta carencia,
y apuro del engaño algún rescate
que me permita aún mirar el mundo
con amor necesario;
y así saberme digno del sueño de la vida.

De cuanto fue ventura, de aquel sitio de dicha,
saqueo avaramente
siempre una misma imagen:
sus cabellos movidos por el aire,
y la mirada fija dentro del mar.
Tan sólo ese momento indiferente.
Sellada en él, la vida.

Francisco Brines, de *Ensayo de una despedida. Poesía 1960-1971* (1974)

LA ÚLTIMA COSTA

Había una barcaza, con personajes torvos,
en la orilla dispuesta. La noche de la tierra,
sepultada.

Y más allá aquel barco, de luces mortecinas,
en donde se apiñaba, con fervor, aunque triste,
un gentío enlutado.

Enfrente, aquella bruma
cerrada bajo un cielo sin firmamento ya.
Y una barca esperando, y otras varadas.

Llegábamos exhaustos, con la carne tirante, algo seca.

Un aire inmóvil, con flecos de humedad,
flotaba en el lugar.

Todo estaba dispuesto.

La niebla, aún más cerrada,
exigía partir. Yo tenía los ojos velados por las lágrimas.

Dispusimos los remos desgastados
y como esclavos, mudos,
empujamos aquellas aguas negras.

Mi madre me miraba, muy fija, desde el barco
en el viaje aquel de todos a la niebla.

Francisco Brines, de *La última costa* (1995)

CASA DE MISERICORDIA

El padre fusilado.

O, como dice el juez, ejecutado.

La madre, ahora, la miseria, el hambre,
la instancia que le escribe alguien a máquina:
Saludo al Vencedor, Segundo Año Triunfal,
Solicito a Vuecencia poder dejar mis hijos
en esta Casa de Misericòrdia.

El frío del mañana está en la instancia.

Hospicios y orfanatos fueron duros,
pero más dura era la intemperie.

La verdadera caridad da miedo.

Como la poesía: un buen poema,
por más bello que sea, será cruel.

No hay nada más. La poesía es hoy
la última casa de misericordia.

Joan Margarit, de *Casa de Misericordia* (2007)

BLUES DE LA CASA

En mi casa están vacías las paredes
y yo sufro mirando la cal fría.
Mi casa tiene puertas y ventanas:
no puedo soportar tanto agujero.

Aquí vive mi madre con sus lentes.
Aquí está mi mujer con sus cabellos.
Aquí viven mis hijas con sus ojos.
¿Por qué sufro mirando las paredes?

El mundo es grande. Dentro de una casa
no cabrá nunca. El mundo es grande.
Dentro de una casa —el mundo es grande—
no es bueno que haya tanto sufrimiento.

Antonio Gamoneda, de *Blues castellano* [1961-1966] (1982)

AL LECTOR

En las manos el libro.

Son palabras que rasgan el papel.

Desde el dolor o la inquietud que soy.

Ahora que todavía aliento bajo tu misma noche.

Desde el dolor o la inquietud que fui.

A ti que alientas debajo de la noche

Y ya no estoy.

Crees que me percibes en estas manchas negras del papel

En este territorio, ya no mío, de la desolación.

Las saqué del vacío,

Pude mudarlas por silencio,

Y ahora serían ellas el espejo de mí, no de vosotras.

Esta es mi herencia sórdida,

Fue un gesto que amé en otros, y en ellos aprendí

Este vicio secreto que os transmito,

Por si el dolor que padecéis no os fuese suficiente.

O acaso preciséis de un dolor que pervive sin carne.

Agotadme, cegadme con vosotros, en la muerte que os habrá de llegar,

y decidme, si acaso lo sabéis, ¿quién nos hizo?

Francisco Brines, de *Insistencias en Luzbel* (1977)

AUTORRETRATO CON MAR

Es el niño callado que jugaba solo.
Permanece detrás de estos ojos de viejo,
resiste la embestida brutal del mediodía
oyendo los confusos versículos del mar
y el grito de los cuerpos desnudos y oxidados
al entrar en las aguas transparentes y frías
de la playa de piedras. Avergonzado, corre
de un escondite a otro de los cuentos.

Duerme dentro de mí, perdida criatura:
duerme dentro de mí en una noche de reyes
donde en silencio vuelan las escobas
y los lobos dejaron sus huellas en la nieve.
Afuera brilla un cielo lleno de albaricoques,
y el mar azul oscuro de ciruelas
se deshace en los negros cuchillos de las rocas.

Este verano de alcohol frío en los ojos
siento mi vida como la amarilla,
negra pulpa de un fruto que se pudre
alrededor del hueso del recuerdo.
Dentro de mí ocúltate, perdida criatura.
Dentro de mí protégete del mediodía,
recita la rondalla del niño gris
y de la miserable bicicleta
montada por el triste ciclista del suburbio.
Te busca y está ya cerca de aquí.

Joan Margarit, de *Cálculo de estructuras* (2005)

PERDIZ JOVEN

Se encogía en un surco
y cuando la cogí me pareció
sentir tu mano entre las mías.
Vi sangre seca en una de sus alas:
una perdigonada había roto,
como varillas, los pequeños huesos.
Intentaba volar y sólo consiguió,
con el ala partida, ir arrastrándose
hasta quedar oculta tras las piedras.
Siento la calidez, todavía, en mi mano,
porque un ser frágil dio sentido
a cada uno de mis días. Un ser frágil
que ahora está también tras una piedra.

Joan Margarit, de *Cálculo de estructuras* (2005)

A PUNTO DE UN VIAJE EN COCHE

Las ventanas reflejan
el fuego de poniente
y flota una luz gris
que ha venido del mar.
En mí quiere quedarse
el día, que se muere,
como si yo, al mirarle,
lo pudiera salvar.
Y quién hay que me mire
y que pueda salvarme.
La luz se ha vuelto negra
y se ha borrado el mar.

Francisco Brines, de *La última costa* (1995)

Selección: José M^a García

EN LA NOCHE ESTRELLADA

¿Serán aquellos cuerpos tan sólo piedras frías
—inaudible su música de argollas—
nacidas sin amor para rodar desiertas?

Nos consuela su luz, mienten sus rayos
calor, y acaso un Ser oculto,
con llamas en los dedos, las enciende;
y alumbra en los humanos la esperanza.

¿Nacieron con amor, y ahora desiertas
ruedan, cada vez con más frío y más silencio,
borrado sueño de algún cadáver poderoso?

Nuestra mirada las consuela, mentimos
un calor, como si oculto un Ser,
con llamas en los dedos, encendiese
el pensamiento grave de los hombres.

¿Y así la vida pasa, encendida la carne,
y la piedra encendida?

Acaso existe un Ser, alguna mano oculta,
con llamas en los dedos, que está quemando
el tiempo. Y es el hombre y la piedra
los restos que amontona la ceniza.

Francisco Brines, de *Palabras a la oscuridad* (1966)

CON UN RAMO DE ROSAS.

Te he traído estas rosas y no he podido verte
más allá de la piedra. Ha sido un viaje vano.
En ningún sitio estás. ¿Acaso te buscaba,
o era a mí a quien buscaba? Si estás en la cenizas
es igual que en la nada, o no tener origen,
y sólo en las cenizas yo puedo hallar mi vida,
pero no en esas tuyas, las de mi infiel memoria.
Y alguien soplará en ellas para que al fin me pierda,
y borraré conmigo también la vida tuya.

Francisco Brines, de *Todos los rostros del pasado* (2007)

POESÍA

Tampoco, como Sísifo, yo conozco mi roca.
La subo a lo más alto. Pero cae hasta abajo.
Vuelvo a buscarla, es pesada y áspera.
Aun así la caliento entre mis brazos
mientras vuelvo a subirla a lo más alto.
Es una extraña infelicidad.
Pienso que, todavía más cruel,
es no haber encontrado roca alguna
para subirla así, inútilmente.
Subirla por amor. A lo más alto.

Joan Margarit, de *Se pierde la señal* (2013)

AGUA DE MAR

Rodeadas de agua por todas partes
el mar naufragó dentro de cada una,
el faro, en vez de guiarnos, nos
desencaminó, golosas, solo queríamos
lo que todas pedimos, amanecer al
mundo desfloradas de besos.

Elena Poniatowska, de *Rondas de la niña mala* (2008)

RESIDUA

Corta la vida o larga, todo
lo que vivimos se reduce
a un gris residuo en la memoria.

De los antiguos viajes quedan
las enigmáticas monedas
que pretenden valores falsos.

De la memoria sólo sube
un vago polvo y un perfume.
¿Acaso sea la poesía

JUSTICIA

Duerme el aldeano en un colchón de heno.
El pescador de esponjas descansa
sobre su mullidísima cosecha.
¿dormirás tú, en lenta flotación,
sobre papel escrito ?

Ida Vitale, selección de *Parvo reino* (1984)

NADIE

Me están llamando

¿y quién responde?

Grave y veraz, la piedra
sigilosa cimenta su mutismo.

Desoye el árbol las invocaciones
erráticas del viento, mientras
sus vacilantes cuencas enmudecen
frente a las desbandadas de la luz.

Como un vaho gravita el anhelante
oficio de estar vivo y en lo hondo
de los drenajes de la soledad
los pájaros silencian sus generaciones.

Me llamo Nadie, como Ulises.

¿Y quién responde?

Nadie:

una pared vacía, una página en blanco.

José Manuel Caballero Bonald, de *La noche no tiene paredes* (2009)

ANIVERSARIO

La mitad de mi vida está
pendiente de la otra
mitad.
¿Hacia qué lado
se inclinan los recuerdos como el árbol
hacia los vientos dominantes?

Paso
a paso
ha venido emplazándome una misma
consoladora tregua de la edad.

Ahora es mañana, su duración es mía,
el ayer
pertenece, como la historia, a los demás.

José Manuel Caballero Bonald, de *Manual de infractores* (2006)

DOBLE VIDA

Entre dos luces, entre dos
historias, entre
dos filos permanezco,
también entre dos únicas
equivalencias con la vida.

Mi memoria equidista de un espacio
donde no estuve nunca:
ya no me queda sitio si no tiempo.

José Manuel Caballero Bonald, de *Descrédito del héroe* (1977)

DIARIO REENCUENTRO

Desde donde me vuelvo
a la pared, en medio de la noche,
desde donde estoy solo
cada noche, cautivo
bajo mi propia vigilancia, allí
me hallo según la fe que me fabrico
cada día.

Lavada está mi vida
en virtud de su asombro. Ayer, mañana,
viven juntos y fértiles, conforman
mi memoria conmigo.
Únicamente soy
mi libertad y mis palabras.

Desde donde me vuelvo
a la pared, en medio de la noche,
desde donde estoy solo
cada noche, cautivo
bajo mi propia vigilancia, allí
me hallo según la fe que me fabrico
cada día.

Lavada está mi vida
en virtud de su asombro. Ayer, mañana,
viven juntos y fértiles, conforman
mi memoria conmigo.
Únicamente soy
mi libertad y mis palabras.

José Manuel Caballero Bonald, de *Las horas muertas* (1959)

CONVERSACIÓN CON UN AMIGO

Se me ha quemado el pecho, como un horno
Por el dolor de tus palabras
Y también de las mías.
Hablamos del mundo, y desde el cielo
Descendía su paz a nuestros ojos.
Hay momentos del hombre en que le duele
Amar, pensar, mirar, sentirse vivo,
Y se sabe en la tierra por azar
Solo, inútilmente en ella.
Como si se tratase de algo ajeno
Hablamos de nosotros
Y nos vimos inciertos, unas sombras.
Con poca fe, con las creencias rotas
Con un madero en la marea,
Con toda la esperanza naufragando
Porque no es la que llega a nuestra barca,
Sólo la caridad nos redimía
Del mal nuestro de ser.
Mirábamos la calle, rodeados
De luz, de tiempo, de palabras, de hombres.

Francisco Brines, de *Palabras a la oscuridad* (1966)

DOMINGO

Hoy es domingo.
Por primera vez, hoy,
ellos me han dejado salir al sol,
y yo,
por primera vez en mi vida,
he mirado el cielo sin moverme,
extrañándome que esté tan lejos de mí,
de que sea tan azul,
de que sea tan grande.

Me he sentado en la tierra lleno de respeto
y he pegado mi espalda contra el muro blanco.

No se trata, en este instante,
de descansar en el ensueño,
ni de combatir, en este instante,
ni de libertad, ni de mujer.

Tierra, sol y yo.
Soy un hombre feliz.

Antonio Gamoneda, de *Nazim Hikmet* (1961)

VIENE EL OLVIDO

LA LUZ hierva debajo de mis párpados.

De un ruiseñor absorto en la ceniza, de sus negras entrañas musicales,

surge una tempestad. Desciende el llanto a las antiguas celdas,

advierto látigos vivientes

y la mirada inmóvil de las bestias, su aguja fría en mi corazón.

Todo es presagio. La luz es médula de sombra: van a morir los insectos

en las bujías del amanecer. Así

arden en mí los significados.

ARDEN las pérdidas. Ya ardían

en la cabeza de mi madre. Antes

ardió la verdad y ardió

también mi pensamiento. ahora

mi pasión es la indiferencia.

Escucho

en la madera dientes invisibles.

Antonio Gamoneda, de *Arden las pérdidas* (2003 y 2004)

Donde muere la muerte

Donde muere la muerte,
porque en la vida tiene tan sólo su existencia.
En ese punto oscuro de la nada
que nace en el cerebro,
cuando se acaba el aire que acariciaba el labio,
ahora que la ceniza, como un cielo llagado,
penetra en las costillas con silencio y dolor,
y un pañuelo mojado por las lágrimas se agita
hacia lo negro.
Beso tu carne aún tibia.

Fuera del hospital, como si fuera yo, recogido
en tus brazos,
un niño de pañales mira caer la luz,
sonríe, grita, y ya le hechiza el mundo
que habrá de abandonarle.
Madre, devuélveme mi beso.

franciscobinet